

Sine tradere

COLECCIÓN

poesía

Enrique Badosa

Sine tradere



Primera edición: junio de 2016

© Enrique Badosa, 2016

© de los poemas originales: sus autores, 2016

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2016
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: DCQ

ISBN: 978-84-945526-0-1

Dep. Legal: M-17260-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *San Jerónimo en su estudio* (1480), Domenico Ghirlandaio

Producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Sine tradere¹

1. El autor no ignora que «Sine tradere» dista de ser un latín puro y clásico. Sin embargo, se complace en este modo de decir.

A Margarida Trias, afecto, gratitud, alabanza

CONTENIDO

Sine tradere

Sine tradere?

Originales y traducciones

Del alemán

Del catalán

Del francés

Del inglés

Del italiano

Del latín

Del portugués

Sine tradere

PREGUNTA POCO AFORTUNADA que a veces se le hace al poeta: «¿Por qué o para qué escribe usted?». Las respuestas suelen ser variopintas. Desde las más retóricas, por no decir rimbombantes, a las más sencillas. A lo mejor tienen su interés. Yo prefiero las segundas. En ocasiones, he contestado de modo que tal vez no satisfará a nadie. También hay quien desea saber cuándo, cómo y dónde. Respuesta: pues a veces en el momento menos esperado, aunque siempre a mano y no pocas veces andando. E incluso, como digo en un epigrama: «Yo no escribo el poema. El poema me escribe». Alusión, claro está, a la Musa —¿por qué no?— que me dicta el poema cuando y como y donde quiere, ya que con el escribir Erato me ayuda a ser por cuanto me ayuda a conocerme. Una

vez más, la poesía como medio de conocimiento. ¿Musa...? Por supuesto que sí. Cómo no ponerle nombre propio a esa suerte de aliento que de súbito toma la palabra y casi obliga a obedecerla a modo de tentación insuperable.

La tentación de la palabra. Así he titulado un conjunto de textos sobre poesía. «Tentación» en el óptimo sentido del término, algo que induce y obliga a escribir verso o prosa. De esa tentación surge el poema, sea con sorprendente facilidad a veces, sea con dificultad otras. La tarea del poeta exige esfuerzo con el cual merecer el don de la Musa o de la cada vez también menos llamada Inspiración. Entrega que exige la gratitud del esfuerzo y de un proceder idéntico al que Baudelaire aludía cuando dijo: *«J'ai fait mon devoir comme un parfait chimiste»*.

No poco de química, o mejor aún de alquimia..., hay en el quehacer poético. En él no se admiten fallos, de los cuales el responsable siempre será el poeta. Uno de los fallos: la falta de esmero en el trabajo; otro —aunque parezca imposible—, la carencia de intención estética. ¿Que un poeta no siente su obra como obra de arte? Pues no es cosa imposible. Es más, hoy por hoy —en el hoy de estos inicios del Tercer Milenio— no resulta extraño encontrar poemas que pudiendo ser bellos, el autor parece haber olvidado que, junto a un contenido importante, tiene que ofrecer no menos importante calidad estética. «La tentación de la palabra» exige la calidad

del fondo tanto como la de la forma. Profundas, importantes ideas y aun sentimientos, solos no hacen bellos, importantes y profundos poemas. Pero esto suele olvidarse por los poetas a quienes hoy una suerte de atractivo de lo hermético —¿todavía de lo surrealista fácilón?— lleva a suponer que lo enigmático —por no decir lo indescifrable y lo confuso— basta para sustentar unos versos en los que el enigma y la confusión no devienen poesía, aunque en ocasiones no falte alguna belleza formal.

Sin embargo, ¿tiene esto algo que ver con «la tentación de la palabra» que puede conducir a ese aspecto de la obra poética que es la traducción? A no ser que se trate de un poco frecuente traducir poesía por encargo, el poeta a veces «cae» en la «tentación» de traducir. El estipendio del traductor de versos es tan escaso y tan escasamente esperado como el que proporciona traducir prosa. El traductor de poesía casi siempre trabaja por verdadero amor al arte. Las respuestas a los «por qué» y «para qué» de su quehacer seguramente no serán menos matizadas o rotundas que las del poeta, y raras veces al traductor se le pregunta acerca de lo que hace. A pesar de todos los pesares —que no son pocos—, el poeta todavía conserva un cierto prestigio como artista de la palabra; sin embargo, tal prestigio no le acompaña mucho. Al traductor se le considera una suerte de faquín de la literatura. Cargador de bultos verbales que transporta de un ámbito lingüístico a

otro. Transportista o recadero mal pagado siempre, y al que no se le siente merecedor de la importancia de su cometido. Se le niega el que debiera ser merecidísimo y alto salario no sólo en monedas, sino también, y aun mucho más, en prestigio de imprescindible artista.

No se ha llegado a un grado de cultura universal como para que la traducción sea innecesaria. Y si algún día se llega —algo que dudo—, la traducción seguirá siendo necesario modo de leer un texto que con ella alcanza el intenso sentido de cuanto —verso, prosa— compuso un escritor. La traducción enriquece lo ya de por sí rico. ¿Significa esto que si una obra no se traduce deja de lograr su plenitud? No exactamente. Pero la traducción —la óptima traducción— es óptimo modo de leer una obra que posee generosa polisemia.

Por desgracia, el traductor no disfruta, no, del merecido prestigio que debería reconocerle indudable calidad de coautor. Hay traductores reconocidos y aplaudidos, pero sólo por una minoría. Y en los manuales de Historia de la Literatura no siempre ocupan el lugar debido. El texto académico los desconoce, los ignora parece que a sabiendas, y se hacen cómplices de ese infausto decir tan divulgado, tan injurioso, falso por generalizador: «*Traduttore, traditore*». Aunque...

Abundan los traductores que trabajan mal, por lo que merecen el dicitario, pero tampoco faltan los excelentes, dignos del título de coautor, los que hacen posible decir —para-

fraseando a Ortega y Gasset...— que todo autor es él y quien le traduce bien. Se puede decir, pero ni se dice a menudo ni a menudo se siente. Lo de «*traduttore, traditore*» pesa y pesará. Y mientras los editores, la crítica literaria y los estudiosos no se propongan valorar al traductor, algo en lo que no veo mucho empeño... Se da por sentado que la tarea del traductor es secundaria. Pero ¿qué pasaría si un grandísimo número de traductores hiciera huelga de brazos caídos, definitivamente caídos? ¿Se concibe un mundo en el que los editores no pudieran seguir imprimiendo las obras contratadas? La autarquía literaria es algo que hoy por hoy ningún país puede permitirse. El literario aislacionismo carece de sentido, y en gran parte depende del traductor que este desastre cultural no se produzca.

¿Se llegará al universal: «¡Traductores del mundo, uníos en pro de vuestros derechos!»? Me parece que no. El traductor seguirá padeciendo discriminaciones, y aguantará porque, bien o mal, hay que vivir. Habrá «traidores»; y con ellos traductores ajenos a toda felonía. El traductor profesional no siempre, qué va, podrá escoger los textos que le apetezcan. Las más de las veces aceptará el encargo del editor, y con tal aceptación la de un salario poco satisfactorio. A esto se debe en gran parte la escasa calidad de las versiones de prosa, que también exigen —cuando se trata de prosa literaria— que el traductor actúe como artista de la palabra, no como un mero

copista en la lengua receptora de lo escrito en la emisora. El traductor de poesía sabe «a priori» que escasa será su remuneración, con frecuencia limitada a ver publicadas sus versiones. ¿Trabajo por verdadero amor al arte? Sí, y puede que por tal amor aún más exigente que el del «*parfait chimiste*» de que habló el poeta de *Les Fleurs du mal*. Es de suponer, por lo tanto, que todo traductor de poemas parte de un obvio deseo de perfección, la misma a que aspira en su posible obra poética. A menudo, el traductor de poesía suele ser poeta, lo cual —por calidad que tenga— no garantiza que sus traducciones resulten óptimas. Con todo, al poeta metido a traductor se le suponen unos saberes técnicos imprescindibles para su obra original tanto como para sus versiones. Igualmente hay buenos poetas que no traducen bien, y que además no se interesan por la traducción, así como hay excelentes versificadores que no son poetas buenos, pero que consiguen buenos, incluso poéticos, logros de traductor. Falta la Musa que los griegos no tuvieron en cuenta, sin duda porque en la Grecia creadora de la Mitología no se tuvo necesidad de traducir. Roma sí tradujo, pero no le puso nombre a una supuesta nueva Musa que naturalmente no tenía que confundirse con Safo...

La Musa de la traducción. No pretendo ponerle nombre, pero su realidad se sigue de «la tentación de la palabra». Es la Musa que asiste, o no..., al traductor. Es la que en cierto modo

ayuda al lector a calibrar las traducciones y a que tanto el editor como el destinatario de la obra vertida dispongan de medios para percatarse de las «traiciones». ¿Para que el lector sepa de la calidad de una traducción es necesario que conozca los medios técnicos de los que el traductor se ha valido? Hasta cierto punto sí, dado que la calidad de una traducción —la de poesía sobre todo— se apreciará bien si el poema vertido se imprime junto al original, y, por supuesto, si el lector conoce la lengua emisora. Las traducciones de poemas siempre tendrían que publicarse junto a los originales. Es una sinceridad y una lealtad que se deben tanto al lector como al poeta que se traduce.

Lo casi imposible al tratarse de una novela es tan posible como necesario respecto de los poemas. Por fortuna, se va haciendo cada vez más. Al lector le asiste el derecho a comparar el original y la versión. No tiene por qué fiarse de que el traductor le imponga un trabajo cuya validez no venga demostrada. Y, por lo tanto, de todo esto se sigue que el lector casi tiene también la obligación de poseer criterios que le permitan afirmar que una traducción es válida. ¿Cuáles son tales criterios? Ante todo, un conocimiento —cuanto mayor, mejor— de las lenguas emisora y receptora. Pero a tal conocimiento, que inicialmente permite la comparación entre el original y la traducción, conviene sumar el de los medios técnicos de que se vale el traductor, y de cómo los emplea. Medios que permitirán no un mero calco de los que usó el

poeta traducido, sino la versión de su obra a otra lengua tanto por lo que respecta al fondo como a su calidad de obra artística. Obra de arte en que ha de redundar todo poema, lo mismo la creación original que la también creación artística que debe ser toda traducción. Creación que muchos poetas y también traductores españoles contemporáneos no parecen querer proponerse. Olvido de que la poesía es arte de la palabra, y que de tal calidad estética deben gozar tanto un poema original como su versión.

El traductor es triplemente responsable de su trabajo. Lo es ante el lector contemporáneo, ante el lector futuro y, por supuesto, ante el autor del poema vertido. Por lo tanto, la responsabilidad del traductor es muy grande. Sin embargo, no todos los traductores —y sigo pensando especialmente en los de poesía— se percatan de ello. ¿Que abundan más los de prosa que los de verso? Desde luego, por cuanto la mayor parte de los primeros actúan de modo profesional, aunque también pueden ser reos de «alta traición», no menos «alta» que la de los de poesía. La «traición» de quien traduce prosa alguna vez —no muchas— es castigada con una crítica adversa en páginas literarias, pero el delito se olvida pronto. Además, ¿hay quien devuelva al editor un libro mal traducido, y reclame el precio del ejemplar, algo que haría en el caso de tantos objetos como se venden? Creo que no hay nadie que así proceda. El «traidor» queda indemne, e incluso

hay editores que le siguen encargando trabajos, con lo cual se hacen cómplices de una «traición» ya publicada, y posiblemente de otras futuras. ¿Qué exigente lector de poemas acusa de «traición» al traductor, así como al editor y también al crítico que publican las «traiciones»?

No obstante, el pésimo traductor de versos no siempre sale tan indemne, porque el lector puede comparar con cierta facilidad original y versión, si el poema original ha sido compuesto en una de las lenguas más conocidas. Esto recuerda un caso que fue notorio. En 1865, en Barcelona, se publica la primera edición en lengua castellana de la *Commedia* en «igual clase y número de versos» que el original. Trabajo de Juan de la Pezuela, conde de Cheste y miembro de la Real Academia de la Lengua. Entonces no se la creyó una gran traducción. Un gran esfuerzo, desde luego. No es algo que tampoco hoy convenza mucho —la verdad—, aunque no deja de tener interés considerarla, ver cómo se tradujeron en consonante los tercetos del Alighieri. Los coetáneos de la edición no todos fueron entusiastas. Una mano —¿anónima?— llegó a componer el que fue famoso epigrama:

En esta calle negruzca,
vive el traductor del Dante.
¡Pasa aprisa, caminante,
no sea que te traduzca!

Seguramente nunca se había dado a conocer una tan rigurosa sentencia de culpabilidad literaria.

Los juicios por «traición» literaria siguen siendo posibles, y sin duda necesarios. En el círculo noveno de la *Divina Comedia*, Dante castigó a quien traicionó a parientes, a políticos y a huéspedes. Para siempre los sumió en el Cocito, ese lago helador, pero por lo visto no dio con ningún «traidor» literario... Sin embargo, el Cocito sigue siendo, por más que metafórico, un círculo al que condenar a los «*traditori*» actuales, que no faltan, y a los que es de temer que habrá.

Mucho ha aumentado el conocimiento idiomático, pero no tanto como para que haga innecesaria la traducción de lo escrito en las más importantes lenguas cultas. Y por lo que atañe a las mal calificadas de «muertas», ¿acaso están «muertas» lenguas en las que se han plasmado literaturas como la griega y la latina de la Antigüedad? No existen lenguas muertas. Una lengua sigue viva por pocas personas que la hablen. Bastaría con dos, e incluso con una sola si alguien pensara mediante ella. Y entre los llamados Patrimonios de la Humanidad que no hay que dejar perder, toda lengua es uno de ellos y de importancia capital. Se atribuye a Carlos I de España lo de que «todo hombre tiene tantas almas como lenguas conoce». Quién no estaría de acuerdo. La traducción resulta un medio idóneo para que no se pierdan almas, tanto

si se traducen grandes creaciones literarias como si se realiza el siempre gran acto de cultura que es toda clase de escrito. Ciertamente que se está dejando perder parte notoria del patrimonio lingüístico, el de gentes que todavía insistimos en calificar de «salvajes», pero que por el mero hecho de poseer un idioma también gozan de una «animidad» no menos real que la de los hablantes, lectores y escritores en lenguas cultas.

La traducción colabora, cómo no, a que se intensifique la «animidad» de quien mediante la literatura puede si no multiplicar, sí engrandecer su alma. Esto se le podría constatar a quien le preguntara al traductor literario acerca de los «por qué» y «para qué» de su trabajo. Se da por supuesto que el poeta obedece a un especial talento artístico, a una peculiar forma de vivir no siempre aplaudida..., pero esto reza mucho menos por lo que atañe al traductor de poemas. Como si la vocación de traductor no existiera, cuando tan semejante es a la del poeta, incluso si el traductor se limita sólo a verter obra ajena, y no escribe obra propia. ¡Como si la traducción no fuera obra de alguien!

¿Que por qué se traduce poesía, pues? Además de razones culturales y especialmente literarias, el poeta dotado para traducir o quien sólo tenga talento de traductor experimentan esa suerte de mandato que también proviene de la «tentación de la palabra». Algo que estimula al trasvase verbal y que a un tiempo procura peculiar placer literario

y suscita la necesidad de compartir tal placer. Toda lectura puede ser placentera y solitaria, pero no egoísta. A los amigos les recomendamos una película o una obra teatral que nos han gustado, una música, una pintura, una novela... El gozo artístico suscita el deseo de compartición. Cómo no querer compartir, dentro de lo posible, una obra poética dada a conocer en una lengua que no es aquella en la que se compuso, y que mediante la traducción puede llegar a quien en la lengua emisora posiblemente nunca la disfrutaría. Traducir: placer artístico para el traductor, placer artístico para el lector tal vez ganado para la poesía.

Trasvase verbal. Sí, trasvase, pero no simple traslado. ¿Una copia del original como la del pintor ante un cuadro famoso? El traductor no es un simple copista. También debe evitar que su estilo personal —caso de que lo posea— se sobreponga al del poeta traducido, aunque por fiel que sea la versión siempre puede haber en ella algo del estilo de quien traduce. Si dos o más buenos traductores coetáneos vierten la misma obra de un poeta, lo más probable es que, aun siendo fieles, serviciales y no serviles, una cierta impronta de cada uno de ellos aparezca en los distintos trabajos. Y en el caso de que esto no suceda, tales poetas darán noticia de que emplean no sólo la lengua de un país, sino la propia de determinado tiempo por lo que atañe a la evolución lingüística, así como a un casi inevitable estilo de época.

La traducción es medio óptimo para la lectura de un poema: no porque el traductor supere el poema original —lo cual también puede darse—, sino por cuanto induce a comparaciones que suscitan la posible mejor comprensión de lo escrito en lengua que no es la del lector. Además del gozo de un buen poema, la buena traducción añade el de una visión especular. Y volviendo a lo de que el traductor no es un copista... Mucho le debemos a la sinonimia, por más que no siempre sea perfecta. En cierto modo, las artes figurativas se expresan mediante digamos sinónimos. Desde el retrato al paisaje, buscamos una repetición que creemos necesitar para mejor comprender, asimilar, gozar, etcétera, algo que sentimos bello. Parece que con la contemplación inicial no tenemos bastante. ¿Necesitamos duplicarla para un mejor poseerla con todo su beneficio? Algo semejante sucede con la necesidad de traducir poesía. El poema carece de sinónimos como no sean los de las buenas traducciones. Buenas traducciones en las que —insisto— el traductor algo dejará de su personalidad, si es que la tiene, y aunque no la tenga, dado que sin duda en ellas quedará muchísimo de lo peculiar de una lengua en un determinado momento histórico, de la estilística del momento. Buena traducción que ha de ser fiel por servicial, no servil, aunque en algunos casos lo paradójicamente no servil, lo servicial, lo fiel consistirán en un escueto copiar. El poema, en tales casos impide toda personal aportación del traductor. Lo vemos no pocas veces. He aquí

un caso, entre otros muchos. Cierta poema de Salvador Espriu obliga a que el traductor tenga que limitarse a simple transportista de palabras, no se le permite añadir nada de cosecha propia, como no sea el necesario ritmo. El poeta ha dicho lo que quería decir. Lo ha dicho sin más ornamento que el ritmo inexcusable, y que deja —esto sí— al arbitrio del traductor. El poema aludido es el titulado *Comiat*:

Qui sap la greu partença
d'avui o de demà
o qui diria encara
una paraula?
Només sóc i penso
a destruir el nom
amb el silenci.

En castellano: *Despedida*:

¿Quién sabe el grave partir
de hoy o de mañana
o quién diría aún
una palabra?
Tan sólo soy y pienso
en destruir el nombre
con el silencio.

Pertenece al libro *Les Hores – Las horas*, de 1952. Más poemas de esta guisa hay en tal autor. Los buenos y leales traductores creo que habrán de coincidir en esa austeridad.

Caso semejante, un breve poema de Ungaretti, el fragmento 4 de *Giorno per giorno*. Pertenece al poemario *Il dolore*, y dice:

Mai, non saprete mai come m'illumina
l'ombra che mi si pone al lato, timida,
quando non spero più...

O sea:

Nunca, nunca sabréis de qué manera
me ilumina la sombra
que se coloca, tímida, a mi lado
cuando ya nada espero...

Me permito aumentar la traducción en un verso para lograr un endecasílabo que da rotundidad rítmica a lo vertido.

No pocas veces el traductor cae en la tentación de modificar el texto original, de añadir o suprimir palabras, como

quien aspira a lucirse a costa del poeta que vierte, o enriquecerle ahí donde el poeta no se lo había propuesto. Esto suele hacerse añadiendo adjetivos que no figuran en el poema original, y también intensificándolos. Es un curioso modo de traicionar aun cuando el resultado sea bello, lo que lleva a otra consideración: la de un error muy frecuente en las críticas literarias que es dado leer. Al comentarista le ha parecido con razón que el texto —verso o prosa— tiene mucha calidad, y lo elogia: «una buena novela, un buen poema...». Y a veces incluso añade, enfático, «una buena traducción», todo esto porque la obra suena muy bien en la lengua receptora. Sin embargo, en ocasiones se puede verificar que el texto que ciertamente en español suena bien, no es una traducción buena, pues contiene errores que el crítico no ha podido percibir sencillamente por no haber leído o no haber comprendido el original de la obra traducida. Se da por buena la versión tan sólo porque resulta bella en la lengua receptora. Esto sucede con demasiada frecuencia. Un par de veces se me ha propuesto ser miembro del jurado que otorga el Premio Nacional de Traducción, al que aspiran obras originalmente escritas en lenguas que desconozco, aunque por supuesto publicadas en versión española. Mientras el galardón lleve este título, no creo que deba ser jurado quien no conozca bien las lenguas foráneas en que se han escrito los textos aspirantes. Pero el premio se sigue otorgando sólo teniendo en cuenta,

además de la calidad de la obra, que la versión española sea correcta, con lo que se supone que está bien traducida y merece ser galardonada. Suposición discutible.

Cuanto he dicho respecto de la narrativa también me parece válido para la poesía. Con frecuencia se leen alabanzas de una traducción poética, alabanzas que, de conocer bien el texto original, el crítico nunca habría escrito. Pero o no lo ha leído bien o no lo ha comprendido o no tiene las ideas muy claras de lo que supone una buena traducción. ¿Y qué es una traducción buena? ¿Sencillamente la que creemos que nos entrega un buen poema? Para que la entrega sea válida no basta —como en el caso de la prosa— que resulte bella, así como lo que generalmente entendemos por poética. Aun cuando nos agrada y la sintamos válida, no por esto el traductor puede haber dejado de ser «traidor». Puede serlo incluso sin alevosía aparente, ante los ojos de lectores que, por más que gusten de la poesía, no conozcan su técnica, ni la de la traducción poética. Para dar por buena una traducción es necesario poder y saber compararla con el original.

Por calidad que tenga un traductor, cierto es que puede cometer errores: por ejemplo, al confundir palabras. Errores que si hay suerte corregirá, una vez que se ha percatado de ellos, lo que no siempre es fácil de hacer. El autor de un texto acostumbra a ser el peor de los correctores, tiene tal memoria de su obra en cuestión que, al leer para corregir,

a menudo lee mal, lee lo que está en la memoria, no en el papel, y el error tipográfico posiblemente perdura durante mucho tiempo, durante varias ediciones, hasta que un buen día el mismo escritor o un lector descubren el error literario. El fallo también puede ser obra de supuestos correctores de estilo que, por cuanto atañe a la poesía, no abundan en las editoriales. Fallo que, si a veces el lector alcanza a corregir, en ocasiones no hay modo de acertar con lo que el poeta quería haber dicho. Por lo tanto, «traición», pero no siempre o no del todo imputable al traductor. Habrá que esperar una nueva edición, no muy frecuente en poesía..., para subsanar el fallo. Aun cuando este fallo no sea culpa suya, el autor —poeta o traductor— debe sentirse responsable. Más que nadie el traductor, si conoce aquella sentencia de Claude Roy: cuando una traducción es buena, el mérito es del poeta autor cuya obra se ha traducido; si es mala, el demérito sólo es del traductor. ¿Exageración? Pero valga como advertencia que no conviene olvidar nunca.

Desde luego, toda errata fastidia muchísimo al escritor. Por lo menos a mí, sobre todo me irrita la que se debe a un corrector que carezca de elemental conocimiento de la poesía. Me permito aducir un caso que me atañe. En cierta ocasión, el corrector me estropeó un endecasílabo en el que aparecía el término «quizá» —así escrito, sin la «s», como autoriza la Academia—, pero ya que la Docta Casa prefiere «quizá»